

Mientras se hacían los preparativos necesarios, y estando Uschakoff en un viaje que tuvo que hacer para asuntos del servicio, Mirowitz, en estado de completa embriaguez, expuso su proyecto á otros militares que lo acogieron con júbilo: estos, sin embargo, eran pocos y aun de clase bastante modesta. Mirowitz no tuvo, según parece, cómplice alguno en la capital (1).

Mirowitz servía en el regimiento de Smolensko y de cuando en cuando tocábale el turno de dar la guardia en la fortaleza de Schlüsselburg.

En esta fortaleza se encontraba á principios de julio: dos días antes de acometer la empresa, atrajo á su proyecto á una porción de oficiales y soldados de Schlüsselburg, procurando, entre ellos, ganar á uno de los oficiales que vigilaban á Ivan, llamado Wlassioff, bien que no hablando clara y abiertamente sino por simples insinuaciones. Wlassioff, sin embargo, se apresuró á poner en conocimiento del conde Panin la conducta de Mirowitz que envolvía la amenaza de un peligro; y Mirowitz sospechando, por algunas circunstancias, que Wlassioff había dado cuenta á su jefe de la conversación con él tenida, se decidió á obrar incontinenti.

Durante la noche, llamó á sus soldados á las armas, y como disponía de 45 hombres y el resto de la guarnición no llegaba á este número, fácilmente pudo tomar la ventaja. En el pequeño combate que se trabó, á consecuencia de haber atacado Mirowitz con los suyos y con un cañon la parte de la fortaleza que ocupaba Ivan, solo combatieron contra él, además de los custodios del preso, los oficiales Wlassioff y Chekin y el comandante de la fortaleza, Berednikoff, en todo 16 hombres. Como agresor llevaba Mirowitz la ventaja, tanto mas cuanto que atacó á sus amigos de improviso. Su conducta demostró que tenía gran energía: en el momento en que el comandante sorprendido por el tumulto se presentó y preguntó por qué Mirowitz tenía en fila á su gente, Mirowitz cogió un fusil y precipitándose sobre Berednikoff y sorprendiéndole con decir: «Tú tienes aquí prisionero á un príncipe inocente,» le dió un golpe con la culata, lo derribó al suelo y lo entregó á la vigilancia de sus soldados. Hecho esto, exclamó: «Voy á ver al emperador,» y su gente le siguió en busca de Ivan. Cambiáronse algunos tiros con los soldados que estaban de guardia en el cuartel, Mirowitz publicó su manifiesto, y despues de haber mandado cargar un cañon, se acercó á la puerta de la cárcel, intimando á los centinelas que no opusieran resistencia alguna y entregasen al preso.

Había llegado el caso que se había previsto en la instrucción dada á los encargados de vigilar á Ivan. El capitán Wlassioff y el teniente Chekin, en vista del peligro y de la imposibilidad de resistir, dieron muerte á Ivan. Acerca de los detalles relativos á la muerte del desdichado príncipe no encontramos datos que merezcan entera confianza (2).

Mientras en el interior del cuartel sucedía este hecho terrible, Mirowitz penetró con algunos soldados en la cárcel, subió las escaleras y en la antesala encontró al teniente Chekin. Preguntóle: «¿Dónde está el emperador?» á lo cual Chekin contestó: «Tenemos una emperatriz y no un emperador.» El recinto estaba oscuro, trájose luz y Mirowitz penetró en el calabozo del príncipe á quien encontró tendido, ya cadáver, en el suelo.

Mirowitz llenó de insultos á los asesinos, á lo cual contestaron estos que habían procedido respecto del preso como exigía el juramento que al entrar en el ejército habían firmado. Los soldados de Mirowitz querían dar muerte á los

(1) Véase el episodio de las máscaras del Neva en mi obra, pág. 94-95.  
(2) Para los detalles, poco verídicos, de contemporáneos y posteriores escritores, véase mi citada obra, pág. 106.

asesinos de Ivan; pero Mirowitz les detuvo, ordenando que el cadáver fuese puesto en un lecho y que se le condujera del cuartel al cuerpo de guardia principal. Una vez allí, hizo que todos los soldados, puestos en fila, le saludaran.

Entre tanto, llegaron dos oficiales superiores con tropas é hicieron prender á Mirowitz, lo cual demuestra claramente que el comandante Berednikoff ó el capitán Wlassioff habían encontrado medio para enterar de lo que ocurría al coronel del regimiento de Smolensko que se encontraba en los alrededores de la fortaleza.

Acto continuo Wlassioff y Chekin enviaron una corta Memoria de lo sucedido al príncipe Nikita, que se encontraba en Zarskoje Sselo, al lado del gran duque Pablo. Panin delegó en seguida á un oficial para que formara en Schlüsselburg el proceso y tomara las medidas necesarias para restablecer el orden, poniendo al propio tiempo todo lo acontecido en conocimiento de la emperatriz que estaba viajando por la Livonia. El cadáver de Ivan fué enterrado despues por orden de Catalina, en Schlüsselburg (3).

En la capital, al tenerse noticia de la catástrofe de Ivan, «la aflicción y el descontento fueron grandes,» según refiere un contemporáneo. «No es para descrito, se dice en la narración de este autor, con cuánta audacia y dureza hablaban los rusos, por las calles, de aquel suceso.» La instrucción comenzada en Schlüsselburg y la traslación de Mirowitz á San Petersburgo, en donde se formó el verdadero proceso, se llevaron á cabo en medio de la mayor tranquilidad. Sin embargo, ocurrió cierta excitación entre el elemento militar; y el movimiento que se inició entre los regimientos de la guardia, á consecuencia de la noticia del asesinato del príncipe, adquirió tal fuerza durante la noche del 13 al 14 de julio, que se temieron funestos resultados; pero esta efervescencia duró muy poco y todo volvió al estado normal (4).

Los dignatarios de la capital, Nepluyeff, Panin, Golizyn, Uschakoff y otros adoptaron las medidas que creyeron mas convenientes para conservar el orden. La relación de algunos, según la cual la emperatriz temía que durante su ausencia estallara una revolución, nos parece poco digna de confianza, y en las cartas de Catalina á Panin no se encuentra huella alguna de tales temores. La carta en que Panin da cuenta á la emperatriz de la catástrofe de Schlüsselburg, así como otros muchos documentos relativos á este acontecimiento, han sido encontradas modernamente (5). La contestación de la emperatriz á la carta de Panin dice: «Con gran sorpresa he leído vuestra carta y he venido en conocimiento de los sucesos acaecidos en Schlüsselburg: los designios de Dios son admirables é inescrutables. A las oportunas disposiciones que habeis tomado, solo debo añadir que la información que se abra contra los culpables se lleve á cabo sin estrépito, pero también sin secreto. El asunto en sí impide que permanezca secreto, pues en él han de intervenir mas de 200 personas. Yo había pensado que si la ceniza ocultaba algún fuego era en San Petersburgo y no en Schlüsselburg y hubiera deseado que la noticia no hubiese llegado tan pronto á la capital; pero habiendo sido así, es preciso dar al asunto cierta publicidad, etc., etc.» La emperatriz se extiende luego en consideraciones acerca del modo y de la forma en que debía llevarse á cabo la información. La cuestión de si Uschakoff y Mirowitz eran los autores ó simples instrumentos de la conspiración, parecía ser para ella de gran importancia, pero aconsejó que no se empleara demasiado celo en el proce-

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 365.

(4) Véase el trabajo, verídico en muchos puntos, acerca de la vida de Ivan en la «Ilustración de Büsching,» VI, 535.

(5) *Russkaja Starina*, XXV, 291.

so (1). Algunos días despues, cuando Catalina tuvo en su poder el protocolo de todo el suceso, hizo algunas atinadas observaciones acerca de ciertos detalles del acontecimiento. Así, por ejemplo, fué de parecer que sería conveniente investigar si entre los oficiales de artillería de Wiborg, á donde Mirowitz pensaba conducir á Ivan, había algunos complicados en el hecho. Con energía sostuvo Catalina que Uschakoff estaba ebrio y propuso que se interrogara á su hermano para saber algo acerca del modo de pensar del desdichado. Repetidas veces manifestó la emperatriz el deseo de regresar cuanto antes á San Petersburgo «para ver terminar tan absurda cuestión» ó «para apresurar su término y poner fin á los ridículos rumores que circulaban.» La primera carta que, con fecha 9 de julio, escribió á Panin era corta, tranquila y adecuada á las circunstancias del asunto. Al siguiente día, escribió, entre otras cosas: «El corazón se me oprime cuando pienso en ese suceso: la Providencia me ha dado nuevas pruebas de sus bondades, dando á aquel acontecimiento el sesgo que ha tenido. Mas aunque el mal ha sido extirpado de raíz, temo que en una ciudad tan grande como San Petersburgo, puedan algunos rumores hacer infelices á muchas personas, pues esos dos malvados, á quienes Dios ha castigado por su insolente falta, no habrán dejado de propagar el veneno. Pruébame esto una carta escrita con letra disfrazada que una pobre mujer encontró en la calle el día de mi salida de San Petersburgo. Preciso es preguntar á esos oficiales si escribieron esa carta, en la cual figuran sus nombres (2). Espero en Dios que todo este atentado será descubierto. Si es preciso, no permaneceré una hora mas aquí, etc., etc.» Al terminar esa epístola, dice Catalina: «Escribo francamente lo que mi inteligencia me dicta, pero no creais, por esto, que abrigue temor alguno: no doy á este suceso mas importancia de la que en realidad tiene: el hecho no es mas que un golpe de mano desesperado y absurdo; pero es preciso saber hasta dónde llega la locura, y en su vista apartar de la desgracia á lo que no sea mas que una inocente imbecilidad (3). En otra carta de 16 de julio decía oportunamente: «Ahora es preciso esperar el resultado de todo esto. Así como deseo firmemente que Dios nos haga ver si hay algún culpable, del mismo modo ruego al Todopoderoso que no sea castigado ningún inocente.» La emperatriz se ocupó en examinar los papeles de Mirowitz y dictó á Nepluyeff medidas para que fuesen vigiladas las hermanas de los conjurados; pero al propio tiempo se declaró contraria á que fueran puestas en la cárcel, porque no participaban en manera alguna de las opiniones de sus hermanos. Repetidas veces expresó el deseo de que se evitara toda severidad inútil. Cuando, despues de haber regresado la emperatriz á la capital, se pensó en poner lo sucedido en conocimiento del público y de los embajadores rusos en el extranjero, por medio de documentos oficiales, Catalina tomó parte muy activa en la redacción de las circulares y manifiestos (4).

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 365. La absurda narración de Castera, según la cual Catalina, durante su viaje, supo en Livonia lo que había sucedido y mostró día y noche gran inquietud preguntando continuamente si había llegado un correo etc., ha sido desgraciadamente creída por algunos. En contraposición á esto se cuenta que recibió la noticia en un baile de máscaras y que vistió con su traje á otra persona para poder contestar con mayor libertad á Panin. Véase el *Archivo ruso*, 1870, pág. 2, 109.

(2) Esto indica claramente que en la carta se hablaba de Ivan Antonowicz.

(3) Ssolowiew, XXVI, 14-15. Esta carta no se encuentra en la colección de la *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII.

(4) Véase el borrador de un despacho circular que trazó Panin y que con gran dificultad aprobó la emperatriz, en el *Archivo ruso*, 1871, pág. 1, 421-1, 424. Mi crítica acerca de este documento se encuentra en *La familia de Brunswick*, pág. 118.

En el manifiesto de 17 de agosto, á ejemplo del de 1740, se habla del príncipe Ivan «ilegalmente» entronizado, de cuya existencia tenía noticia la emperatriz al subir al trono y cuya suerte procuró endulzar. Despues de esto se refería la conspiración de Mirowitz y el asesinato de Ivan, haciéndose observar que Wlassioff y Chekin «sofocaron la sedición en su gérmen»: el documento terminaba diciendo que un tribunal especial estaba encargado de dictar sentencia sobre el caso (5).

La instrucción prévia, que dirigió el teniente general Weymarn, exigió algún tiempo, pudiéndose demostrar la exactitud del hecho por medio de los interrogatorios de los acusados y de muchos testigos. Mirowitz había confesado por completo su culpa. Llegado que hubo el momento de dictar sentencia, nombróse un tribunal especial compuesto de los individuos del Senado y del Sínodo que ocupaban las tres primeras categorías y los presidentes de los Colegios; de suerte que se sometieron al juicio de los mas elevados dignatarios los resultados de la información prévia.

Entre tanto, circulaban por el público los mas extraños rumores acerca del curso del proceso: decíase que Mirowitz había sumido en gran perplejidad el ánimo de los jueces; se aseguraba que al preguntársele quién le había inspirado la idea del atentado, contestó «el conde Cirilo Rassumowsky» El conde que no había podido satisfacer los deseos de Mirowitz, influyendo para que le fuesen devueltos los bienes de familia, confiscados tantos años hacia, le había animado diciéndole: «Tú eres un jóven y has de hacer carrera como los demás; coge por los cabellos á la diosa fortuna y serás un gran señor.» Estas palabras se decía que indujeron á Mirowitz á concebir proyectos aventurados (6). Decíase también que cuando el conde Pedro Panin, de quien Mirowitz había sido ayudante, preguntó á éste por qué había tramado aquella conspiración, contestóle el acusado: «Para ser lo que tú eres (7).»

Según otros rumores, Mirowitz había dado, durante el proceso, muestras de decoro y energía, persistiendo en que no tenía cómplice alguno entre los soldados á cuyo frente se había puesto en Schlüsselburg para dar el golpe de mano.

Cuando estuvo terminada la instrucción del proceso, uno de los miembros del tribunal, el baron Cherkassoff, opinó por la conveniencia de dar tormento al acusado, para averiguar algo acerca de los cómplices ó del verdadero instigador del hecho. La asamblea rechazó la proposición de Cherkassoff, y llevada la cuestión á la emperatriz, que antes se había declarado contraria en principio á la tortura, manifestó secretamente á la asamblea que podía hacer en este caso especial lo que tuviera por mas conveniente. En una carta dirigida á Wjassemsky, expresaba la emperatriz su descontento por aquel incidente, y el deseo de que, siendo como era enemiga de la lucha y de las disputas y estando desorientada la opinión pública, se terminase cuanto antes el asunto. «Este conflicto, escribía, no debo resolverlo yo que siento la mayor indignación al oír hablar de la cuestión Mirowitz (8).» El tormento no fué aplicado: Mirowitz fué condenado á muerte y ejecutado en 15 (26) de setiembre. Los cabos, los soldados y aquel lacayo de palacio que habían tomado parte en el suceso fueron castigados con azotes, prision, trabajos forzados y destierro (9).

(5) *Colección legislativa completa*, n.º 12, 228. Siglo diez y ocho, III, 361-364. Büsching, VI, 537-540.

(6) *Archivo ruso*, 1863, pág. 478.

(7) Bantysch-Kamensky, *Biografía de los generalísimos rusos*, I, 226.

(8) *Siglo diez y ocho*, III, 365-366.

(9) Las absurdas narraciones que posteriormente se publicaron y la crítica de las mismas se encuentran en *La familia de Brunswick*, pág. 74 y 129.

No dejaron de circular rumores acerca de la irregularidad del proceso, de la conducta observada por Mirowitz en el momento de la ejecución y de las maquinaciones de elevados personajes que hubieron de intervenir en el asunto del triste fin de Ivan. Creyóse á Catalina capaz de haber tomado á Mirowitz como instrumento para consumar el asesinato del infeliz pretendiente, habiéndole luego llevado ante un tribunal para librarse de una persona que poseía tan importante secreto. Todas estas acusaciones que flotaban en la atmosfera política y que estaban contradichas por los detalles fidedignos que acerca del suceso se tienen, se avienen con el tono receloso y polemista de las obras en que posteriormente se trató de la historia de Catalina. Poco á poco se ha ido dejando de dar crédito á tan inverosímiles fábulas (1).

Sin embargo, aun prescindiendo de la sospecha de complicidad secreta de Catalina en la muerte de Ivan, el episodio de Schlüsselburg produjo una impresion dolorosísima, y dió origen á muchos folletos, en los cuales se pintan con negros colores la vida y la catástrofe del desdichado príncipe (2). Aun aquellos círculos de la alta sociedad francesa, siempre inclinados á alabar á la emperatriz, no pudieron menos de hacer algunas sarcásticas observaciones (3), criticando especialmente el manifiesto que publicó Catalina en aquella ocasion. El ministro francés, Praslin, segun se ve en su carta á Beranger, opinó que la emperatriz hubiera procedido mas acertadamente guardando silencio acerca del asesinato de Ivan y poniendo mucho mayor cuidado en no hacer tanto ruido sobre aquella cuestion en general (4). En el mismo sentido se expresó Mme. Geoffrin en una carta dirigida á Estanislao Paniatowski: «El manifiesto referente á la muerte de Ivan, se decia en ella, es ridículo; nada obligaba á la emperatriz á hablar del asunto; el proceso lo ponía todo en claro y esto era suficiente. La emperatriz necesita un consejero. Yo me temo que su talento y el deseo de ser ingeniosa la llevan por mal camino.» La Geoffrin se atrevió á criticar el manifiesto en una carta dirigida á la misma emperatriz (5), y á la cual esta contestó no sin cierto resentimiento: «Vos juzgais el manifiesto como juzga el ciego de la luz: ese documento no ha sido publicado para poner en conocimiento de las cortes extranjeras la muerte de Ivan, sino para enterar de ella al imperio ruso; era preciso decir que habia muerto: cien personas habian sido testigos de su muerte y del atentado de un traidor. Abandonar el asunto equivalía á confirmar los rumores esparcidos por algunos finos é intrigantes diplomáticos. La cuestion era delicada y opiné que debia decir la verdad. El manifiesto y la cabeza del criminal pusieron término á todas las habladurias. El manifiesto consiguió el objeto que se proponia; ergo ha sido bueno (6).»

Poco despues de la muerte de Ivan en Schlüsselburg, pensó Catalina, segun parece, en ofrecer la libertad al infeliz padre del difunto, al príncipe Antonio Ulrico. En este sentido escribió, en 1766, á su corte el embajador dinamarqués Asseburg. Segun este diplomático, el triste suceso de Schlüsselburg habia fortalecido, en el ánimo de la emperatriz, la idea de sacar de la cárcel al príncipe Antonio Ulrico. Pero como, por otra parte, era necesario tomar ciertas medidas de

(1) Beruhardi, II, 2, 213, no cree incondicionalmente en estos cuentos.

(2) Véase, por ejemplo, la *Historia de la vida, del reinado y del desastromiento de Ivan III*, Londres, 1766, y la *Coleccion de documentos relativos á la muerte del príncipe Ivan* etc., Londres, 1765, y otros.

(3) Ssolowieff, XXVI, 223.

(4) Ssolowieff, XXVI, 113.

(5) Ssolowieff, XXVI, 233.

(6) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 264.

precaucion, el príncipe prefirió permanecer en el lugar de su destierro. Hizose todo lo posible para endulzar su suerte; Catalina gastó considerables sumas para el sostenimiento de la familia de Ivan, etc. etc. (7).

Inmediatamente despues de la catástrofe de Schlüsselburg, decia el embajador inglés Buckingham, algunas personas quisieron convencer á la emperatriz de la conveniencia de nombrar á los hijos de Antonio Ulrico herederos del trono para el caso de que el enfermizo gran duque Pablo no la sobreviviera; pero luego decidieron contentarse con que la familia de aquel fuera enviada al extranjero y recibiera una pension anual (8).

Lo cierto es que Antonio Ulrico sobrevivió á su hijo diez años, que durante este tiempo estuvo vigilado en Chologory y que sus hijos, seis años despues de la muerte de su padre, es decir en 1780, fueron enviados al extranjero. Repetidas veces habian solicitado su libertad, hasta que la emperatriz creyó oportuno acceder á sus súplicas. La época de los desórdenes y de la aparicion de varios pretendientes habia pasado felizmente. Algunos triunfos importantísimos conseguidos en la esfera de la política exterior habian robustecido el trono de Catalina. Un gobierno enérgico, inteligente y cuidadoso del bienestar del pueblo habia sabido conquistarse gran consideracion en el exterior. Entonces, los pretendientes como los Brunswick no ofrecian ya peligro alguno.

Los primos de Ivan, las princesas Catalina é Isabel y los príncipes Pedro y Alejo, se trasladaron desde Arcángel á Dinamarca, en cuya ciudad de Horsen vivieron internados bajo la vigilancia de la reina madre dinamarquesa, Juliana María, de la cual eran parientes. Todo esto fué objeto del mas profundo secreto. En la instruccion dada á los que los acompañaron en su viaje encontramos el precepto de tomar las mas enérgicas medidas en caso de que alguien quisiera apoderarse de los viajeros ó librarlos de la vigilancia de sus acompañantes (9).

La muerte del último vástago de la familia de Rurik, el Czarewitz Demetrio, á fines del siglo XVI, suscitó muchos años despues, gran número de aventureros que se fingieron el difunto príncipe pretextando que este se habia podido escapar de las manos de sus asesinos. No faltaron tampoco en la primera mitad del siglo XVIII otros aventureros que pretendieron ser el desdichado príncipe Alejo, muerto en 1717 en una fortaleza. Despues de la muerte de Pedro III, aparecieron tambien una porcion de supuestos Pedros (10), y el infeliz Ivan, asesinado en el calabozo de Schlüsselburg, no se libró del destino de sus desgraciados predecesores en punto á supervivencia.

En marzo de 1788, presentóse al duque Pedro de Curlandia un hombre que se decia comerciante ruso y que solicitó de él una audiencia secreta y á solas. Se mandó prender á aquel personaje sospechoso, y llevado ante la cancillería del gobierno, en Riga, declaró que era el ex-emperador Ivan. No se dió crédito alguno á su relato relativo á su fuga de Schlüsselburg en 1764 y á su reaparicion, y le enviaron con todas las precauciones necesarias á San Petersburgo, en donde se averiguó que era un comerciante de Krementschug y que su nombre era Kurdiloff. El engaño quedó pronto demostrado (11).

(7) Véanse los dos despachos de Asseburg en la *Russkaja Starina*, XXV, 505-506.

(8) *La Corte de Rusia*, pág. 238-239.

(9) Véase *La familia de Brunswick*, pág. 35-51.

(10) Véanse los dos capitulos siguientes.

(11) *Siglo diez y ocho*, I, 460-465.

No tenemos noticia de que los de Brunswick ni el nombre de esta familia causaran molestia alguna á la emperatriz. Tampoco eran de temer los primos de Ivan que vivian en Horsen, á pesar de que no podia considerárseles como completamente inofensivos. A las personas que les habian acompañado en su prision de Chologory se les impuso el mas absoluto silencio acerca de la «suspension de la comision de Chologory». Solo en 1817-1819 un sacerdote de Poltawa, que habia vivido por espacio de muchos años en Horsen, al lado de los de Brunswick, se atrevió á hablar de ello y á dar al historiador Bantysch Kamensky, que le instaba para conseguirlos, algunos detalles acerca de la historia de Ivan (1).

No es, pues, de extrañar que tales precauciones excitaran algunos rumores. Cuando, en 1802, el emperador Alejandro visitó la cárcel de Kexholm y dió á un preso desconocido la libertad, bajo la condicion de que viviria en la ciudad, sin salir nunca de ella, y sin hablar á nadie de su pasado, algunos habitantes de la localidad creyeron reconocer á Ivan ó á Mirowitz en aquel desconocido que vivió veinte años entre ellos, trabando conocimiento con algunos y no revelando jamás su nombre. Su secreto bajó con él al sepulcro en 1826. Ya sabemos que no podia ser ni el infeliz emperador ni aquel que ocasionó su muerte al querer darle la libertad. Otros muchos presos «sin nombre» habia en aquella época.

### CAPITULO III

#### PEDRO Y PABLO COMO PRETENDIENTES

Descontento entre los militares.—Opochinin y Batjuschkoff.—Choques entre los soldados.—Falsos pretendientes.—Causas generales de esta aparicion.—Pseudo-Pedros.—Manejos secretos

Muchos años transcurrieron desde el advenimiento de Catalina al trono hasta que pudieron considerarse seguras las cosas en Rusia y robustecido el trono. Es de suponer que, cuando Catalina, poco despues de ocupar el poder, invitó á d'Alembert á que fuera á Rusia y se encargara de la educacion de Pablo, la contestacion negativa del filósofo francés fué motivada por las dudas que ofrecer podia la seguridad de la situacion de Catalina (2). En 1766 corrió por Europa el rumor de que Catalina habia sido envenenada, y con este motivo la emperatriz escribió á la señora Bjelke que tales mentiras eran propaladas por gente que no podia usar de otras armas contra ella: historia de todos los que se encontraban sin mancha alguna (3). La cuestion de si los derechos de Pablo al trono podian ser mas ó menos tarde un peligro para la situacion de Catalina, era objeto de discusion en los círculos políticos. Shirley escribia, en 1768, que Catalina solo podia propiamente ejercer la regencia durante la menor edad de Pablo, y que solo á una mala inteligencia se debia que hubiese sido nombrada emperatriz. Sin embargo, el embajador inglés refutó la opinion generalmente extendida en Europa, de que el trono de Catalina podria vacilar cuando el gran duque llegase á los diez y seis años. Si la emperatriz, escribia, continúa reinando como hasta ahora, es tanto menos de esperar una modificacion, cuanto que el gran duque no tiene talento ni carácter bastantes para levantarse contra su madre (4). Posteriormente, en 1769, Cathcart, el sucesor de Shirley en el cargo de embajador inglés en San Petersburgo, decia á su gobierno que el advenimiento de Pablo al trono, cuando llegara á su mayor edad, podia considerarse como cosa segura, aun cuando él no habia podido enterarse de todos los detalles de esta cuestion (5).

En 1767 residió Catalina, durante el otoño, una temporada en Moscou, y con esta ocasion se dijo que el pueblo habia mostrado gran frialdad á la emperatriz y extraordinaria adhesion al gran duque. Añadióse que un oficial llamado Choglokkoff habia concebido un plan contra la vida de la emperatriz, y habia sido por esto desterrado á Siberia. Ignórase si alguien tomó parte en este atentado, pues la instruccion del proceso no tuvo publicidad. Decíase tambien que Catalina por medio de órdenes remitidas á los altos funcionarios habia querido impedir que á su hijo se hicieran, durante sus viajes, brillantes recibimientos (6).

Ya á principios de la guerra turca, el capitán de caballería de la guardia, Panoff, manifestó su descontento por la situacion de Rusia, seguro como estaba de la conformidad de algunos militares. En estos círculos se criticaban las condiciones de Catalina, diciendo que era intelibante, pero caprichosa y déspota; que la nobleza no significaba nada en su corte; que los intereses del pueblo estaban lastimados por la guerra y por una mala administracion de las rentas; que los vasallos que se sublevaban eran tratados con demasiada benignidad, lo cual daba lugar á disensiones entre Panin y Orloff, etc. etc. Comenzóse á hablar del gran duque Pablo y se dijo que el partido de Panin á él favorable era muy numeroso; que el gran duque habria de recordar que los Orloff habian asesinado á su padre, y que se aproximaba el dia de la venganza. Hasta el paso de Vénus que entonces se observaba sirvió de pretexto para sospechar que se preparaba un gran cambio político: tal fenómeno, decian algunos oficiales, era un signo infalible de que «Dios queria hacer algo.»

Todos estos rumores tenian por fundamento el odio que se sentia contra los Orloff, de quienes se decia que eran incomparablemente mas orgullosos y soberbios que los anteriores favoritos, tales como Rasumowsky y Schuwaloff. Pensábase en tramar una conspiracion en favor de Pablo, pero los oficiales creyeron necesario asegurarse antes el asentimiento

(6) Castera, I, 252-253. Blum, I, 263, y Bernhardt, II, 2, 228.

(1) *Russkaja Starina*, 1873, pág. 68.

(2) Ssolowieff, XXVI, 230.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XII, 431.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XII, 336.

(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XII, 431.